

VIII

Roma puede considerarse como la señora del universo: ha conquistado con la fuerza, y asegura la conquista con las leyes. El Asia en gran parte le pertenece; once ciudades del mundo antiguo se disputan la honra de elevar un templo á un emperador romano: Pérgamo, Smirna y Efeso le ofrecen tributo y prestan homenaje: Antioquía y Alejandría, magníficas en su desgracia, son como damas de honor de la gran reina del mundo.

Esta ha reunido en el Capitolio todos los ídolos extranjeros, y ha cerrado el templo de Jano: ha depuesto las armas, y da una cita á los dioses y á los hombres para que vengan á celebrar el gran festin: en confuso tropel los hombres y los dioses, estos por humanizarse, cometen crímenes: aquellos por deificarse se hacen á su vez criminales; á contar desde Júpiter, que es un libidinoso vulgar, el cielo de los romanos se nos antoja un presidio medianamente organizado: y si el ejemplo de los reyes es tan eficaz que *ad exemplar regis totus componitur orbis*, ¿qué se dirá del ejemplo de los dioses?

Las nociones religiosas del siglo de Augusto se

sintetizan en esta frase desconsoladora del mas sabio de sus repúblicas: *tot homines, tot sententiae*; tantos pareceres como hombres: yacian en las tinieblas; se agitaban en sombras de muerte. Si exceptuamos el escaso número de estoicos, héroes de la moral que proclamaban la libertad como principio y la virtud como órbita y como término, el pueblo romano profesa y practica la doctrina de Epicuro. En la eterna lucha del espíritu con la materia, el imperio romano aparece coadyuvando al triunfo de la segunda. La vida de los sentidos disputa al tiempo la duracion de los goces, y la vida del espíritu languidece: no es un paganismo ardoroso el que destruye á la sociedad romana; es un indiferentismo horrible el que la asesina; los hombres se burlan de aquellas divinidades que brotaban en los huertos, y hallan mas socorrido divinizar al tirano que vive que dar culto á los dioses invisibles.

A pesar de aquel derecho civil tan admirablemente consignado; de aquella razon escrita, destello de la filosofia estoica, la ciencia romana tuvo siempre como obstáculos gravísimos la confusion de lo temporal con lo espiritual y la odiosa institucion de la esclavitud: el primer obstáculo es por precision rémora de la libertad; el segundo es francamente enemigo de la seguridad y de la propiedad: cuando la libertad, la seguridad y la propie-

dad, tres columnas que sostienen el templo de la justicia, no están perfectamente garantidas, el edificio pelagra, y cuando se cae el templo de la justicia, la sociedad entera perece bajo sus ruinas.

La confusion de ambos poderes temporal y espiritual tiranizando el fuero interno y matando el albedrio; la esclavitud dando al derecho de propiedad una extension impia y un riesgo constante á la seguridad del individuo, socavan la sociedad romana, porque desorganizan la familia y desfiguran las relaciones que unen á los hombres en las diversas fases de la vida.

El culto tributado á la ciudad, cuyas puertas son santas, nos parece una parodia en pequeño del panteismo oriental: la India adora al mundo como suprema expresion é imagen de la unidad suprema de Dios; los romanos adoran la ciudad de un modo análogo á como adora la India al universo: ser ciudadano romano es la honra que mas se acerca á la de legislador en Esparta, sacerdote en la region que baña el Nilo, satélite en la corte de Baltasar, ó patriarca en los melancólicos valles de la Palestina.

Los dogmas revelados son, como dice un sabio, la trama con que se tejen las ciencias filosóficas y aun las físicas; por no conocer los dogmas revelados llegaron entre griegos y romanos á tan pequeña altura las ciencias filosóficas y físicas.

Nosce te ipsum: hasta ahí llegó la Filosofía: la tierra, el aire, el agua y el fuego son los cuatro elementos vitales y constitutivos de la naturaleza; hasta ahí llegó la Física. Sin fe y sin dogma la ciencia no puede dar un paso: Platon entre los griegos y Ciceron entre los romanos penetraron en la ciencia porque su genio adivinó algo, porque entrevieron vislumbres de la verdad, como la idea del Verbo y la inmortalidad del alma: aparte de esto, la ciencia del mundo antiguo semejara siempre una tela de Penélope perpetuamente tejida y destejida. Aun esos mismos genios del mundo antiguo, el fundador insigne de la Academia y el insigne orador del foro romano, llegaron solamente á la *probabilidad* de verdades que andando los siglos vagaron, como vagan hoy, en el cerebro de los indoctos y en los labios de los niños: la razon permaneci6 cruelmente atada á la duda, como pintan los poetas gentiles á Ixion atado á la rueda, hasta que las ligaduras se rompieron en el augusto dia de la redencion, en la magnífica alborada de la libertad. Redencion para los mortales vendidos á la culpa por la prevaricacion de Adam; libertad para los espíritus sumergidos en el calabozo de la ignorancia; libertad para la ciencia, cautiva en la red de malla del politeismo!

IX

El pueblo romano, mas bien, los que piensan por el pueblo romano buscan la felicidad, porque la felicidad es aspiracion instintiva, constante de todos los pueblos y de todas las criaturas; buscan la felicidad por varias sendas, y no la encuentran. Los poetas, misteriosos viajeros del mundo de la fantasia, vuelan de esta superficie que mancha la iniquidad y riegan las lágrimas, y adivinan mas allá del mundo, como sombra tranquila del universo, la mansion de los bienaventurados, el apacible reino del vacío, *inania regna*, como escribe el arrebatado cantor de Eneas; pero ni la inspiracion del poeta es el poeta, ni en la posesion de esos reinos del éter fijaban su felicidad los vencedores de la mayor parte de la tierra, los dueños de casi todo el universo, tan fuertes de espíritu, que se estremeaban si una ave importuna cantaba, ó si un oráculo de mal humor predecia cualquiera tempestad: el imperio de los sentidos, el horrible epicurismo dominaba, con señaladas excepciones, á poetas y filósofos, á patricios y plebeyos, á jóvenes y ancianos. Había una doble corriente de inmoralidad desde los tiranos al pueblo y del pueblo

á los tiranos, que condensándose en la atmósfera, la hubiera viciado hasta producir la absoluta inviabilidad de todo principio científico y social, si á tiempo no viniese á purificarla el incienso suave y grato del cristianismo.

X

Si el espíritu ofrece mas bien los tristes caracteres del letargo que la movilidad armónica de la vida, la materia en cambio se desarrolla, el imperio de los sentidos se extiende, los manantiales del goce se multiplican; se realiza el progreso en el orden físico. Roma es un atleta de bellas y al parecer vigorosas formas, pero con las entrañas laceradas por un cáncer: es un ídolo de barro artísticamente cubierto con una hoja de oro.

De la gran plaza de Roma parten, como arterias del corazón de un gigante, caminos que enlazan la capital con los mas apartados climas, con las provincias mas remotas del imperio; para lograr este complicado sistema de comunicaciones, no hay dificultad que no se venza ni obstáculo que no se allane; se salvan las montañas, se desecan los lagos, y se domina la impetuosidad de los torrentes. Para los beneficios de la agricultura, se cambia el cauce á los ríos, se forman lagunas y se abren canales. El arte de la navega-

cion prospera y florece como en los mejores tiempos de Tiro y de Sidon: innumerables y vistosas flotas cubren y surcan los mares; á falta de puertos construidos por la naturaleza, la industria los construye; se hace el puerto de Ostia. Los viajes periódicos á Oriente proporcionan de retorno ricos cargamentos de ámbar y de piedras preciosas, de púrpuras y telas finísimas fabricadas en la Fenicia y el Egipto. Los romanos, en su anhelo de traer, en su deseo de traducir el Oriente al Occidente y centralizar en su ciudad todas las delicias y portentos que atesoraron Babilonia y Nínive, Menfis y Alejandría, traen del Asia y del Africa flores y frutos que aclimatan en sus jardines, además de traer el gusto de las cascadas, de los adornos y de los bosques artificiales; y la rosa lozana de Alejandría de vivo color y suavísimo aroma, y el jazmin blanco y delicado, y el granado de ancha sombra y dulce fruto, y el naranjo y el limonero y otros mil árboles nacidos á orillas del Eufrates y el Nilo vienen á arraigar en las márgenes del Tiber, para pagar en sombra, regalo y fragancia la crueldad de haberlos desarraigado de su tierra madre y traído-los al seno de tierra madrastra.

La magnificencia de los jardines es secundaria respecto á la magnificencia de los palacios, y los templos y los coliseos: gigantescas empresas

que hoy acometen, y con dificultad realizan opulentísimas compañías mercantiles, llevábanse á feliz término por algun ciudadano romano, que como Herodes Atico, tenia capital y genio para levantar un coliseo con maderas de cedro y esculturas de primer orden; para restaurar (en Atenas) el *Odeon* destinado por Pericles á conciertos y tragedias; para restituir su pristina suntuosidad al precioso teatro de Corinto, á los ornamentos del templo de Neptuno en el Istmo, á los baños de las Termópilas, á un célebre acueducto de Italia y á otros monumentos notables del Epiro, la Tesalia, la Boecia y el Peloponeso.

El lujo esplendente de los edificios públicos debe considerarse como consecuencia de la adoracion que á la ciudad tributaban los romanos: en la majestad de los edificios públicos, dice Gibbon, resplandecía vivamente la soberanía del pueblo. Si andando los años, Neron, en la embriaguez de su orgullo, se construye un palacio de oro, no pasará mucho tiempo, despues de la muerte de aquel monstruo, sin que el palacio y su recinto se conviertan en el coliseo, los baños de Tito, el pórtico claudiano y los templos consagrados á la diosa de la paz y al genio de Roma. La columna de Trajano y los acueductos de Espoleto, de Metz y de Segovia, testimonio elocuente son del apogeo á que llegaron ciertos ra-

mos del saber en el imperio de los Césares. Las bellas artes importadas de Grecia, del país clásico de la fantasía, arrastraron una existencia precaria muy parecida á la de los siervos, á quienes de ordinario estaba reservado su ejercicio lo mismo que el de la ciencia de curar. Las bellas artes no pueden florecer entre esclavos; y en los vastos dominios de la poderosa Roma los esclavos llegaron á igualarse en número con los libres: la poblacion de los dominios de Roma excedió, segun cálculos autorizados, á la poblacion de la Europa moderna: ¡cuántos millones de esclavos! ¡Causa pena el considerarlo!

XI

Con los elementos que rápidamente hemos reseñado, con una pequeñez pigméica en lo relativo á las verdaderas ciencias filosóficas, y un desarrollo gigantesco de los intereses materiales, concíbese fácilmente que Roma habia de caer en los horrores de una vanidad insensata y de un sensualismo grosero; y cayó en efecto.

No busquemos en los dias del imperio al guerrero sóbrio, al patricio noble y probo, á la matrona casta y esforzada: el guerrero deja caer el arma que le pesa: el ciudadano deja caer la severidad que le abrumba; la matrona deja caer el de-

coro que la atormenta; y el guerrero se enerva, y el ciudadano se corrompe, y la matrona se prostituye. La organizacion doméstica forma de cada casa un pequeño estado despóticamente regido; de cada padre de familias un rey; de cada mujer una víctima; de cada hijo un siervo; de cada siervo una cosa: el repudio, cobarde subterfugio contra el matrimonio, destroza la familia, y en su virtud los hombres suelen recordar mas mujeres propias que cónsules, y las mujeres suelen contar mayor número de maridos que de años. Por casarse con su pupila Publilia, repudió Ciceron á su mujer Terencia. La potestad paterna sobre los hijos adquiere en determinadas ocasiones una latitud sacrilega; las leyes que hoy leemos sobre el derecho de vida y muerte, y el derecho de dar en noxa, vestigios son de absurdos que están lejanos, y sin embargo, aun como simples vestigios nos horrorizan: la esclavitud despliega todo el bárbaro lujo de su injusticia, y somete impiamente á multitud de seres racionales al capricho de un señor que oprime y maltrata sin compasion, ó á la brutal complacencia de un tirano que manda degollar hombres por ver las contorsiones de los moribundos. Verificase, pues, entre los romanos durante el imperio, que el extravío moral, que la corrupcion de las costumbres se comunica de fuera adentro, esto es, de la ciu-

dad á la familia, al contrario de lo que en los tiempos modernos acontece; hoy los excesos privados pueden trascender á la vida pública; pero garantida en los países cultos la pública moralidad, por lo comun no hay riesgos que temer de fuera adentro.

Sea cual fuere la abyeccion oficial á que en Roma llegó la mujer, nadie puede desposeerla de su importancia casi siempre decisiva en los destinos del hombre: el conde de Segur dijo una verdad incontestable al asegurar que los hombres hacen las leyes, y las mujeres hacen las costumbres. El imperio romano se acercaba á los dias de su ruina, cuando sus mujeres, en vez de levantarse como la mujer fuerte de los Proverbios ántes del dia, y distribuir la tarea entre los domésticos, é hilar por sus manos la lana y el lino, y vender al cananeo el fruto de sus trabajos, y nunca comer el pan en la ociosidad, y siempre mirar sus obras como su gloria, ocupaban el dia en prepararse á parecer bellas de noche: segun nos describe Plauto y atestiguan Catulo y Juvenal y otros poetas del siglo de oro, las damas romanas desde la aurora hasta las horas de la tarde vivian consagradas al adorno y los afeites; si eran hermosas, para acrecentar sus atractivos; si no lo eran, para falsificar la hermosura: ellas sabian cubrir con los recursos del arte la palidez de sus me-

jillas y devolver el brillo á la tez, y el carmin á los labios, y luchar en fin con la tenacidad de los años que se vienen y con las huellas de los vicios que se van, hasta conseguir una juventud artificial comprada á mucha costa á los mercaderes de aromas y cosméticos, y merced á brazos auxiliares exclusivamente ocupados en esta liviana defraudacion de los derechos imprescriptibles del tiempo. Séneca dijo un dia á su madre consolándola: «no para esforzar tu dolor alegues tu condicion de mujer; pues tiempo hace, madre mia, que por tus virtudes has dejado de pertenecer á ese sexo.»

Tan cierta es la sentencia ántes citada del conde de Segur, que solo en la sociedad que produjo las Mesalinas se conciben las monstruosas lubricidades de Tiberio y de Calígula, de Neron y de Heliogábalo: pueblo que tiene por divinidades á seductores y adúlteros y á toda clase de viciosos, no es mucho que celebre los misterios de Adónis y de Cibeles, de Priapo y Flora; no es mucho que ofrezca festines de horrible suntuosidad en que las mas ilustres damas hagan alarde cinico de su impudor, interin mueren despedazados por fieras centenares de infelices esclavos, ó interin derraman su sangre los gladiadores que vienen á caer exánimes á los piés de las impuras cortesanas. La mesa de Heliogábalo, tal como la describen histo-

riadores de aquel tiempo, aparece hoy como una fábula de fantasía oriental: los mas extraños manjares, cubiertos con ámbar, oro y piedras preciosas; la perla molida en vez de pimienta; las lenguas de ruiseñores y el vino de rosa, sé servian con frecuencia en los festines de aquel tirano que quiso usurpar su nombre al sol, como Antonio se lo usurpó al dios Baco, como Domiciano firmaba «vuestro Dios y Señor.» Para trazar el último rasgo característico de la decadente sociedad romana, baste saber que Neron y tambien Heliogábalo elevaron al talamo imperial seres de su propio sexo.

¿Podia vivir un pueblo de tal manera degradado? ¿Podia prolongarse mucho aquel horrible vilipendio de la justicia, de la razon y de la humanidad? No, seguramente: miéntras el pueblo romano se embriaga en el inmenso festin de la ciudad, los discípulos de Jesus penitente, perseguidos y austeros, combaten la licencia y el libertinaje, predicando que son dichosos los que lloran, felices los pobres, y bienaventurados los limpios. El cristianismo no tiene armas de hierro para combatir y destrozar el imperio romano: combate los errores con la palabra y con el ejemplo. Pero la expiacion se acerca: del lado del Norte brama un huracan jamás oído; una raza vigorosa penetra en el imperio, y no tarde se apodera de sus pro-

vincias, como nube de langostas que se posa de repente sobre campo cultivado: la misma Roma cae en poder de los bárbaros, y el coloso se desploma, y el sol del Capitolio y del foro se eclipsa, y las grandezas se deshacen; el imperio se hunde: se inaugura un nuevo periodo para la historia, una faz nueva para las sociedades, otra piedra miliaria en el camino de su vida. Sintesis del progreso de Roma: invasion de los bárbaros.

